en razon de la proximidad de esta vista, cuando se le goce, se le servirá de una manera todavía mas íntima, permanente y dulce que durante la vida humana en que todo tiene sombras, todo tiene obstáculos y donde quiera encontramos peligro.

Pues bien, ya lo hemos dicho: el hombre ha sido creado para Dios, y por consiguiente, Dios es el fin de la creacion y el fin del hombre creado por él. Esta es una verdad que subyuga desde que aparece: tanta relacion hai entre el hecho de la creacion y el la misma, que la una no puede explicarse sin la otra. Dios no ha hecho al hombre semejante á sí, sino porque le hizo para sí: desde que manifestó su pensamiento, anunció el destino de la creatura que iba á producir: le hizo á su imágen, para vivir con él; le hizo á semejanza suya, para perpetuarle su beneficio y recibir de él amor, vasallaje y gloria por toda la eternidad. Detenemos á demostrar esto seria insultar al buen sentido: el sentimiento del género humano vale mas que las cavilaciones de los filósofos, y por lo mismo no hai necesidad de insistir en esto.



EXPOSICION

DE LA

DOCTRINA CATOLICA

SOBRE

LOS DOGMAS DE LA RELIGION.

LIBRO QUINTO.

EL HOMBRE ESTUDIADO SEGUN LOS DOGMAS, Y CONSIDERADO EN SUS RELACIONES CON LA DIVINIDAD.

ARTICULO TERCERO.

RELACIONES ERTRE DIOS Y LA NATURALEZA HUMANA,—CONSE-CUENCIAS DE LA DOCTRITA PRECEDENTE,

I idea de la religion considerada en sí misma y relativamente al hombre.—II Dios legislador: idea, objeto y sugeto de la moral.—III Dios considerado como el último im.—Inmortalidad del alma: Bienaventuranza.—IV Ultimos consectarios de la doctrina sobre las relaciones entre Dios y el hombre.—La Providencia.—Dios Salvador.—Esperanza en el hombre.—Dios glorificador.—La caridad en el hombre.

L terminar el precedente libro, indicámos en general que, siendo Dios creador y el hombre libre y creado para Dios, hai entre ambos seres tres relaciones gerárquicas que no debemos perder nunca de vista, puesto que son el fundamento de lo que somos y de lo que debemos ser. Estas relaciones son las de Creador y creatura, las de Legislador y súbdito, las de principio y fin. Despues de lo que acabamos de decir á propósito de la semejanza que el hombre tiene con su Dios, no debemos afiadir otra cosa para corroborar aquella doctrina y hacer palpa-

Том. II-61.

bles las relaciones que ella nos muestra. Lo que importa pues, mas bien que demostrar su existencia, es indagar su objeto, fecundarnos en su meditacion y descubrir cuál deba ser nuestra conducta para obrar segun ella.

Las relaciones de Creador y creatura engendran la religien, las de Legislador y súbdido fundan la moral, las de principio y fin caracterizan y determinan perfectamente la felicidad. De aquí resulta que la creacion del hombre entraña esencialmente la religion, la religion es el fundamento único de la moral, y la moral es una condicion precisa, un esencial requisito de la felicidad. Luego todo lo consagra la religion, todo lo regla la moral, todo el bien le realiza la felicidad. Observémos ahora cómo esta es la escala que necesariamente recorremos con el entendimiento y el corazon cuando estudiamos nuestro último fin y nos empeñamos, como es debido, en alcanzarle. Veamos pues, sin traspasar con esto los límites á que estamos sujetos por el plan de nuestro libro, lo que son en sí mismas y relativamente al hombre, la religion, la moral y la inmoralidad.

CAPITULO I.

IDEA DE LA RELIGION CONSIDERADA EN SÍ MISMA V RELATIVAMENTE AL HOMBRE.

Es la religion, "un conocimiento de la Divinidad y del culto que se la debe, con la voluntad de cumplir con esta obligacion. Atendiendo á la palabra, es un vínculo que une al hombre con Dios y con la observancia de sus leyes por los sentimientos de respeto, de reconocimiento, de sumision, de temor de constancia y de amor que nos inspiran sus divinas perfecciones, y los beneficios de que nos ha colmado." 1

Hemos dicho que la religion es una consecuencia precisa de las relaciones que médian entre el Creador y la creatura. Estas relaciones manifiestan desde luego, de parte de Dios la sabiduría, el poder, la bondad. Es pues necesario que el hombre, ser débil y contingente, adore á Dios, Ser necesario, infinito, eterno: que el hombre, cuya existencia toda es un acto de la bondad divina, levante de continuo su corazon à esta bondad misma con los sentimientos de reconocimiento à tantos beneficios; que el hombre justamente penetrado

1 Bergier. Diccionario do Teología, artículo Religion.

de la majestad y grandeza de Dios, le respete, le venere, le tema y le esté constantemente sometido; que el hombre, hecho para Dios, favorecido con la inmortalidad y destinado para el cielo, se dirija como la piedra á su centro, á Dios, Bondad suma, para el cual ha sido creado y sin la cual no puede ser feliz. Luego la religion que abraza, segun hemos dicho, estos homenajes diversos de temor, reconocimiento, vasallaje y amor, es una consecuencia precisa de las relaciones que médian entre Dios y la naturaleza humana. Mas cuando decimos que es una consecuencia precisa, nos proponemos demostrar su necesidad, y no definir su carácter ni fijar su origen; porque la religion no es simplemente una deduccion lógica, sino la voluntad de Dios expresamente manifestada sobre lo que debe practicar el hombre como creatura suya. Es el culto con que Dios quiere que el hombre le honre, es el carácter distintivo de la especie humana; porque, como observa el autor citado, el hombre sin religion se distinguiria mui poco del bruto.

En ningun tiempo ha existido el hombre sin religion, porque en ningun tiempo ha podido vivir la humanidad sin Dios. Verdad es que hai individuos que por su inconcebible extravio de la razon y la voluntad, se esfuerzan por emanciparse del cielo rehusando á Dios sus homenajes y hasta negando su existencia; el individuo no es el hombre: el hombre es la humanidad misma y la humanidad tiende instintivamente á la religion.

Como que esta es la voz de Dios y la voz de la naturaleza, está consignada en la lei divina y natural, es tan antigua como el mundo, es indeleble é indestructible.

No siendo la religion una simple consecuencia sino una lei efectiva, es hija de Dios, y no depende del juicio ni de la voluntad humana; porque, si de aqui dependiese, habria quedado vendida á los caprichos del entendimiento, á las cavilaciones del error y á las vicisitudes de la opinion.

Siendo hija de Dios, es necesariamente verdadera; porque Dios no puede engañarse ni engañarnos: es necesariamente una; porque Dios no varía, porque la unidad es el carácter de su pensamiento y el sello de sus obras. Luego no hai mas que una religion verdadera, y esta es la religion divina que Dios enseñó al hombre.

Basta con esto para continuar el hilo de los estudios dogmáticos del hombre: adelante, al exponer los preceptos y aun al reasumir los dogmas, hablarémos todavía de la religion. Concluirémos pues llamando la atencion de nuestros lectores hácia las nociones preliminares donde consideramos la fe, la esperanza y la caridad en sus relaciones con la verdad, el poder y la felicidad, y dijimos lo necesario para que ahora se comprenda cómo la religion ó el culto divino es la acción permanente de la fe, la esperanza y la caridad en todo el hombre.

CAPITULO II.

DIOS LEGISLADOR.—IDEA DE LA MORAL CONSIDERADA EN SI MIS-MA Y RELATIVAMENTE AL HOMBRE.

Entiéndese por moral propiamente dicha la regla de las costumbres ó de las acciones humanas; porque, siendo el hombre un ser inteligente, libre y capaz de obrar por un fin, no se hizo para ser dirigido por el instinto ó por el impulso del temperamento, como los brutos, sino para gobernarse por una regla de conducta divinamente prescrita y eternamente sancionada.

Hemos dicho que la moral es una consecuencia necesaria de las relaciones que hai entre Dios Legislador Supremo, y el hombre súbdito constante de Dios; mas esto merece todavía ser mas explicado. Habiendo tenido el Señor, como va lo hemos dicho, un designio en la creacion, y por consigniente en la del hombre, claro es que quiso y quiere que todo corresponda exactamente á su designio. En la creacion hai una gerarquía de seres que no tienen libertad, porque no están dotados de la razon, y estos no pueden ménos de corresponder naturalmente al designio divino de su existencia. Así es que los astros siguen constantemente su curso; las yerbas, las plantas, los árboles obedecen de continuo al pensamiento de la creacion; los brutos nacen, crecen y se multiplican gobernándose por el instinto, y son hoi lo que han sido siempre y nunca dejarán de ser. Pero el hombre, ser inteligente v libre, tiene una razon para entender y una voluntad para obrar; puede extraviar la primera y pervertir la segunda: en consecuencia necesita una regla que no haya salido de él mismo, una lei divina eternamente sancionada, para que resplandezca en el mundo moral la obra de Dios, si no ya en la conducta del hombre, sí en el órden que se le prescribe. He aquí porqué la lei natural y divina aparecieron al hombre juntamente con su existencia. Este la conoció desde que pudo conocer, porque la lei es eterna, mas para el hombre comenzó desde que tuvo objeto en él,

desde que hubo una razon creada que la entendiese y una voluntad creada que la debiese obsequiar.

La lei es pues una consecuencia precisa de la voluntad de Dios acerca del hombre, y de la libertad del hombre para obseguiar la voluntad de Dios.

Como el designio de Dios es que su lei se cumpla, y la naturaleza del hombre asaltada por las pasiones pugna contra la lei, Dios no ha querido dejar á la naturaleza sola y abandonada á sus propias fuerzas, sino que le ha dado siempre aynda sobrenatural y proteccion bastante con su gracia, como verémos despues, para que no quebrante la lei.

La observancia de la lei constituye el órden moral; su infraccion el desórden moral. Se ve pues claramente que la lei nace de las relaciones de Dios Legislador y el hombre súbdito, y el órden moral está esencialmente vinculado en la conformidad absoluta de nuestras costumbres á la lei divina.

CAPITULO III.

DIOS ULTIMO FIN.—INMORTALIDAD DEL ALMA.—BIENAVEN-TURANZA.

Dios considerado como fin del hombre, nos conduce necesariamente á discurrir: primero, sobre el carácter de este fin; segundo, sobre la inmortalidad del alma; tercero, sobre la felicidad eterna.

6. I.

Carácter del fin.

El hombre tiene un fin, esto es, una alta razon de su existencia, porque él no ha sido creado por Dios sino con una mira digna de Dios. Vive pocos años sobre la tierra, su cuerpo desciende al sepulcro, su alma está libre del dominio de la muerte, y seguirá, como hemos dicho, el destino de su libertad misma. Importa pues indagar este designio; porque, si el hombre no sabe para qué ha sido hecho, todo lo ignora y trueca su semejanza con Dios con la semejanza del bruto. Nuestro manual catecismo, que á la pureza de la doctrina une una filosofía sublime, resuelve en dos palabras la cuestion capital de la moral pública y privada y zanja los

cimientos del edificio de aquella ciencia, "¡A qué está obligado el hombre primeramente!" pregunta; y su respuesta es esta: "A buscar el último fin para que fué creado." ¡Qué mas se necesita para poseer la verdad y la ciencia en el mas importante de los estudios! Todos los filósofos antiguos conocieron el sumo interes de esta cuestion; todos mas ó ménos explícitamente comprendieron esta necesidad científica, moral, individual y social al mismo tiempo; pero ninguno de ellos propuso esta cuestion con tanta sencillez, ni la resolvió con tanta exactitud y verdad.

Comprendida la suma importancia de esta investigacion, solo resta verificarla en efecto hasta conseguir el resultado satisfactorio. Es necesario conocer el fin último y los fines intermediarios, el para qué y el cómo, el fin propiamente dicho y los medios. Sin los medios vendriamos á pasar, retrocediendo, hasta el paganismo, hasta el politicismo: sin el fin seriamos fatalistas, ó cuando ménos indiferentistas. Si la filosofía racionalista en fuerza de sus abstracciones suele separar absolutamente las dos cosas, la filosofía católica las une, y esto es lo que nos hace admirar al mismo autor catequista cuando dice: que el hombre ha sido creado "para amar y servir á Dios en esta vida, y despues verle y gozarle en la otra."

6. II.

Inmortalidad del alma.

El término del hombre en el órden temporal es la muerte: pero, ¡la muerte del cuerpo arrastra consigo la destruccion del alma! No; el alma es immortal: verdad sublime, verdad fecunda que todo lo engrandece, todo lo explica, y que no podria por lo mismo desconocerse sin destruir á un solo impulso todas las verdades, todas las creencias, todas las instituciones. El temor y la esperanza son dos eternas columnas en que descansan igualmente la política y la moral. Las bases de estas columnas están depositadas en el seno de la inmortalidad. Destruid el dogma de la otra vida, y bien podéis profetizar la universal desolacion, el exterminio absoluto de los hombres y de los pueblos. La virtud saludará á la esperanza en los bordes de la tumba, y el crímen retrocederá con espanto á la vista de la muerte."

"Cuando se trata de la inmortalidad del alma, parece que leberiamos remitirnos á la conciencia individual, prescinfiendo del empeño de una demostracion filosófica: sin embargo, dirémos algo sobre este punto, porque siempre es mui grato repasar los títulos que tenemos á la inmortalidad."

"Fundase la inmortalidad del alma tanto en su naturaleza, potencias, inclinaciones y sentimientos, como en las miras que sobre ella tiene su Creador. Un ser simple como el alma es inaccesible al contacto de ningun cuerpo, y por lo mismo no puede ser destruido por agregacion de partes; carece de partes, y por lo mismo es incapaz de perecer por disolucion de partes. Ampliando mas el exámen de su naturaleza v reflexionando sobre sus potencias, inclinaciones y sentimientos mas constantes, nos confirmamos mas y mas en nuestras ideas. El entendimiento, que verifica tantas cosas maravillosas, que comprende el universo y traspasa sus límites para remontarse hasta el cielo, y la voluntad que acomete las empresas mas difíciles, anuncian un ser que no podia estar reducido á una duracion tan corta como la vida humana, cuando todos los objetos exteriores cuentan á su favor con una duracion indefinida."

"Consultando á las inclinaciones y sentimientos mas dominantes en el hombre, no hemos descubierto cosa que no muestre caracteres de inmortalidad. El hombre desea y aspira sin cesar, convencido por otra parte de que no hai en la tierra cosa que llene el corazon: seria pues admitir un sentimiento universal sin objeto, rehusar nuestra persuasion al dogma de la inmortalidad. Experimenta crueles remordimientos cuando ha faltado á la lei, y los experimenta aun cuando no tiene testigo que le condene, y si por ventura, una seguridad plena de que no será descubierto en el curso de su vida: he aquí otro sentimiento de la misma clase: es preciso negarle contra la experiencia de los siglos, ó reconocerle como una prueba de la inmortalidad. El hombre prevee continuamente, y gusta de remontarse con su prevision á siglos mui distantes del término de su vida: hai mas; prevalece por lo comun en él una inclinacion dominante hácia lo que no tiene límites ni en tiempo ni en espacio; siempre se fastidia del estado presente, y hasta en los tiempos de la senectud solicita y aguarda una situacion mas favorable: pruebas inequívocas de que la inmortalidad de su alma es un sentimiento radical, que nada en lo absoluto puede prevalecer contra él. No se acerca el hombre á los sepulcros sin un respeto religioso: cree sin duda que giran en torno de ellos las almas de los que ya dejaron de existir. Los honores funebres serian sin duda el colmo de la imbecilidad y un argumento poderoso contra todo el género humano, que constantemente los ha hecho, si el alma no fuese inmortal.

En fin, el hombre está firmemente persuadido de que no todo perece en el sepulcro, puesto que ama con pasion la gloria, que esta pasion está en razon directa de los progresos y perfeccion del espíritu."

"Pasando de la naturaleza del alma, á las miras que sobre ella tiene su Creador, vimos ya una prueba no ménos concluyente de su inmortalidad: el triple carácter de Creador, Legislador y Fin, es á los ojos del filósofo una triple promesa de que la Omnipotencia eterna no ha de emplearse jamas en destruir y aniquilar el alma. La creó para su gloria; y este objeto podrá iniciarse en el tiempo, pero no recibir su plenitud simo en la eternidad. Por último, siendo los males de la vida bastantes á perturbar todos los placeres, y siendo tan limitados, imperfectos y precarios los bienes de la vida, el hombre impulsado por mil dolorosas experiencias, confiesa que la tierra no es el asiento de la felicidad, que ninguna cosa creada puede servirle de fin, y que siendo Dios el único Ser capaz de hacer su felicidad, es preciso que haya concedido á su alma una eterna duracion."

"Estas ideas luminosas y accesibles á la mas limitada inteligencia, nos explican el misterio de esa uniformidad de sentimientos en que vemos concurrir á todas las generaciones: comprendemos porqué la voz de los siglos anuncia con tanta firmeza la inmortalidad del alma; y despues de haber visto que son tan obvias y concluyentes para todos las pruebas de este dogma, nada tiene de sorprendente ni de extraña para nosotros la fe del género humano." ¹

§. III

Bienaventuranza.

Para que el órden moral se conservara en el mundo, á pesar de las contradicciones de la naturaleza humana, era necesario dar á la lei un carácter divino y una sancion eterna: lo primero, para que el hombre, bajo ningun aspecto, intente ponerla en duda; y lo segundo, para que hubiese motivos eficaces que le obligasen á cumplirla y le retrajesen de quebrantarla. Cada uno de estos motivos tiene un sentimiento análogo en el corazon; el temor nos retrae, la esperanza nos atrae. Dios pues puso á su lei esta doble sancion, una toda de males y otra toda de bienes: sancionó la lei con la

1 Tomado de nuestra obra "Del derecho natural en sus principios comunes y en sus diversas ramificaciones," Tom, 1, 2, lib. 1, 2, cap. III.

muerte del que la quebrantase, con la vida eterna del que la cumpliese; y el temor entónces tuvo por motivo la consideracion de un Dios omnipotente y justo que castigaria el crímen con una eternidad desgraciada, y recompensaria la virtud con una bienaventuranza eterna.

La bienaventuranza es el complemento regular del pensamiento de la creacion humana, porque entónces el hombre sale de la bondad de Dios y entra para nunca morir en la bondad suma de Dios; sale de Dios para vivir eternamente en Dios. Viceversa: la muerte eterna es el complemento de la depravacion humana, la consecuencia precisa de una libertad pervertida, porque el hombre entónces deja á Dios que le creó, para vivir eternamente sin Dios: se esclaviza en sus pasiones, y muere para la felicidad.

Esta felicidad, que está prometida infaliblemente al hombre que cumple con la lei, consiste en la posesion de un bien puro, sumo é inmortal; esto es, un bien sin mezcla y sin sombra, sin límites en su extension é intensidad, sin término en su duracion. Ella es, como en otro lugar hemos dicho, y la doctrina católica nos lo enseña, el fundamento de la esperanza.

CAPITULO IV.

ULTIMOS CONSECTARIOS DE LAS RELACIONES ENTRE DIOS Y EL HOMBRE.

Supuesto que el hombre ha sido creado para un fin, dotado de libertad, y ha abusado de ella por el pecado, como verémos adelante, tiene, desde que nace, tres grandes necesidades: primera, que se le conserve; segunda, que se le salve de la desgracia eterna; tercera, que se le otorgue la bienaventuranza. Estas tres necesidades corresponden á tres grandes atributos de Dios en sus relaciones con el hombre; atributos cuya exposicion reservamos de intento para este lugar, porque presupone conocidos á Dios y al hombre.

Bajo dos aspectos debemos considerar á Dios, para descubrir los dogmas que le constituyen objeto de nuestra fe en el sentido respectivo que al presente nos ocupa, conviene á saber, como nuestro principio y nuestro último fin. Siendo nuestro principio y el de todos los seres contingentes, es

Tom. II.-62.

¹ Nociones preliminares, artículo segundo.

Creador: siendo nuestro fin, nos conserva y provee de todo lo necesario, para que lleguemos á él; he aquí su Providencia: es el único en quien reside la plenitud del poder para librarnos de la desgracia eterna; y bajo este respecto es Salvador: este inmenso beneficio de la salvacion consiste, no solamente en la libertad de los padecimientos y todo género de males, que deben ser consecuencia del pecado, sino en la comunicacion de un bien inmenso y positivo, de una felicidad eterna, que nos pone en la omnímoda posesion de la gloria; y bajo este respecto es Glorificador.

Pues que ya hemos hablado de Dios como Creador del cielo y de la tierra, nos limitarémos aquí á tratar de su Providencia, y considerarle como Salvador y Glorificador.

§. I.

La Providencia.

Dos cosas constituyen la nocion de la Providencia: la primera es que todo ha sido criado y establecido por Dios; la segunda, que todo se conserva en virtud de su voluntad perpetua. Por esto Lactancio definió la Providencia, un poder por cuya virtud ha sido hecho y se gobierna cuanto existe.1 No pueden separarse estas dos cosas: pues así como el mundo es la obra de un arte y de un Artifice infinito. la cual no se ha formado por la casualidad, así tambien debe decirse, que no puede ser gobernado el mundo, sino por una inteligencia suprema.... Esta Providencia encierra por lo mismo: en primer lugar, el conocimiento, que está contenido en la inteligencia divina y que ilustra todas las operaciones de esta inteligencia suprema; en segundo lugar, la resolucion y la voluntad que decide el fin y escoge los medios, así como tambien el poder que obra. Ella reune por lo mismo todos los atributos que no pueden faltar á un Ser soberanamente perfecto; porque es necesariamente sábia. santa, justa y buena en el grado de una perfeccion infinita.2

¡Necesitarémos de muchos raciocinios y grandes autoridades, para demostrar este dogma consolador! Así parecen exigirlo ciertos genios turbulentos é impíos, que desesperados ya de oscurecer y destruir esa verdad escrita en la frente de todos los seres creados, y que proclama sin cesar la existencia de Dios, se han empeñado en cerrar sus ojos y cortar

su brazo, para que no intervenga con su sabiduría v su poder en el gran sistema del universo. Sin embargo, apénas hai una verdad mas claramente enseñada por la razon, é inspirada con mayor fuerza por el sentimiento de toda especie humana. El mismo dogma de la existencia de Dios la inculca como su primera consecuencia; la naturaleza v extension de poder que exige la conservacion de cuanto existe, terminantemente nos dice, que este poder ha de abarcar cuanto existe, y un poder tal solo se encuentra en Dios. La grande obra de la conservacion exige una fuerza que inutilice la influencia de ciertos principios destructores, y que fecunde y sostenga los que constituyen el elemento de la vida. Estas ideas son bastante claras; y acaso por ellas el dogma de la Providencia marcha con los progresos de la razon, campea en todos los trabajos de los sabios, brilla en todos los descubrimientos científicos; y este poder combinado de movimiento y de inteligencia, de pensamiento y de accion en todo cuanto cae bajo el dominio del hombre, le impele de continuo y le determina irresistiblemente á reconocer y confesar la existencia de esa prevision infinita, de esa accion incesante y benéfica, de un Dios que gobierna todos los seres, que encadena todas las causas, que preside á toda existencia, y que todo lo convierte de continuo á sí mismo, como al centro comun de la única y verdadera felicidad. ¿Porqué no obraria Dios así? ¿Acaso porque no puede! Es Omnipotente. ¡Acaso porque no quiere? Es la bondad en su esencia. Concluyamos: es preciso renunciar á la razon, para desconocer la Providencia; y renunciar á nuestras esperanzas y á nuestra gloria, para negarla.

Por lo demas, llenas están las páginas de los libros santos, llenas las obras de las grandes inteligencias cristianas, llena la historia de insignes profesiones prácticas, para unir en favor de este dogma los argumentos decisivos de una autoridad incontestable á las deducciones legítimas de una razon bien dirigida.

§. II.

Dios Salvador.—Esperanza del hombre.

Librar de una desgracia eterna y comunicar el goce de un bien infinito; he aquí dos cosas que traspasan con mucho los límites de todos los seres creados: atributos son estos que pertenecen exclusivamente á la Divinidad. Ella y solo ella puede ponernos á salvo de todos los males; ella y solo ella

¹ De ira Dei, X.

² Liebermann. Instit. theolog. (Extracto.)

colocarnos en la posesion inamisible de la verdadera y única felicidad. Para ser salvo, son necesarias la gracia y la remision; y estas cosas no pueden ser otorgadas sino por Dios. Para ser feliz, es necesario obtener la gloria; y esta gloria es una propiedad exclusiva y esencial de solo Dios. Dios es pues Salvador y glorificador; y estos son los otros dos puntos de vista bajo que la fe los considera en sus atributos relativos al hombre y las demas creaturas.

Considerado como Salvador y glorificador, Dios es el objeto de la esperanza: porque la esperanza consiste en esperar la gloria que nos hace felices, y los medios de adquirir esta gloria, esto es, de libramos del pecado y practicar la virtud. Tiene pues la esperanza por objeto todos los bienes que constituyen la felicidad eterna, y por garantía las promesas infalibles de Dios. Habiendo ya tratado de éstas en las nociones preliminares, réstanos tan solo tratar aquí de

Entre estos bienes hai uno que debemos llamar final, porque es el fin, término y blanco directo de todos los sentimientos y deseos que esta virtud nos inspira; hai otros que podemos llamar secundarios ó subalternos, y son todas aquellas virtudes ú obras meritorias cuya práctica debe conducirnos á la posesion del fin. El primero se designa con el nombre de bienaventuranza, gloria, &c.; los segundos se conocen con el nombre de virtudes, buenas obras, &c. Sin estas, aquella es inasequible; y sin la gracia, lo son igualmente estas virtudes. El hombre necesita pues dos cosas en el órden de su esperanza: primera, la promesa infalible de un bien supremo; segunda, la dispensacion de la gracia necesaria y suficiente para merecerle y alcanzarle. Mas como solo Dios posee este bien, solo él puede prometerle infaliblemente, solo él dispensar esta gracia; porque un bien infinito no puede conseguirse por medios limitados, y todo lo que no es Dios es limitado. Infiérese por tanto, de lo expuesto, que en Dios se encuentra la felicidad, la promesa infalible de esta felicidad, la gracia propia para tocar á esta felicidad, y por consiguiente, que Dios es el bien que se espera, y la fuente de la gracia, que unida con la naturaleza, puede conseguir este bien.

La idea de Dios nos da la de una reunion actual de perfecciones infinitas; una reunion de perfecciones infinitas es la suma de la felicidad, y fuera de Dios nada hai infinito: luego fuera de Dios no puede haber felicidad. Para aproximarnos un poco á la idea de este goce purísimo, de ese objeto infinito que ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni entendimiento

creado es capaz de comprender, recordemos que la fuente de todos nuestros goces está en el sentimiento, y el principio del sentimiento en el espíritu: porque ni puede gozarse lo que no puede sentirse, ni sentirse tampoco lo que es incapaz de afectar este sentido interno que tenemos en el alma. Ahora bien, todo lo que hai en nuestra alma, todo cuanto la afecta, cuanto en ella produce el bienestar ó causa la desazon y el tormento, está distribuido entre el entendimiento y la voluntad. Ser feliz es gozar: gozar es experimentar un bien en lo que se comprende, en lo que se desea, en lo que se ama. Désele al entendimiento la contemplacion de la verdad en su esencia, désele á la voluntad la posesion de un bien infinito. v el alma es evidentemente feliz. Una verdad infinita comprende en sí todas las verdades, un bien infinito abarca en su órbita inmensa todos los bienes existentes y posibles; y como fuera de Dios no hai una verdad ni un bien que reuna tales caractéres, y él los reune, el entendimiento que ve á Dios posee tranquilo todas las verdades, la voluntad que ama á Dios abraza en su sentimiento los bienes todos: luego la alma que goza de Dios, tiene este goce en una plenitud infinita de verdad para su entendimiento, de bien para su voluntad, de felicidad para todo su ser. He aquí la bienaventuranza y el objeto final y directo de la esperanza cristiana.

Ya hemos dicho que para conseguir este bien, necesitamos merecerle; para merecerle, ser virtuosos; para ser virtuosos, triunfar de las inclinaciones bajas pero vehementes y terribles del corazon humano; para obtener este triunfo, querer conseguirle y poder alcanzarle. Pero este querer y este poder, que serian siempre quiméricos, si el hombre hubiera de reducirse á sus naturales recursos, han menester de una eficacia que los haga tocar á su objeto, esto es, han menester de la gracia. Sin ella el hombre no es capaz de una sola virtud cristiana, de ningun merecimiento por lo mismo; y bajo este respecto, su esperanza seria un sentimiento sin objeto. Dios pues, que se nos ha prometido como la verdadera felicidad, igualmente nos ofrece y de hecho nos proporciona la eficacia de aquella voluntad y poder que sobre las ruinas de los vicios levantan monumentos ilustres á esas grandes virtudes, que haciéndonos triunfar en la tierra, nos aproximan á los cielos. He aquí las cosas que aguardamos; y por tan-

to el objeto de la esperanza.

6. III

Dios glorificador.—La caridad en el hombre.

Dios es objeto no solamente de la esperanza, como Salvador y árbitro de la felicidad, sino tambien de la caridad; porque es la felicidad misma, el bien eterno, en suma, es el objeto del sentimiento mas elevado que puede tener el hombre en su vida religiosa y moral. Es pues mui conveniente y sobremanera grato no cerrar esta serie de consecuencias, sin decir una palabra sobre Dios en esta última de sus relaciones con el hombre, la cual engendra ó funda la mas sublime de todas las virtudes, como se explica San Pablo; y así, despues de haberle considerado como objeto de nuestra fe, al tratar de su naturaleza y como objeto de nuestra esperanza, debemos contemplarla como centro de nuestro amor.

Hablar de Dios, como objeto de la caridad, es considerar aquellos atributos divinos que por su naturaleza tienden á excitar, sostener y elevar en nuestras almas todos aquellos, sentimientos purísimos que en sí contiene y encierra el amor que debemos tener á Dios sobre todas las cosas. Aunque este Ser, á causa de la infinita perfeccion de su esencia, renne todos los atributos imaginables, sin embargo, no todos estos nos afectan de la misma manera. Cuando pasamos la vista por el cuadro magnífico de la naturaleza y nos elevamos por su contemplacion hasta la sabiduría y el poder infinito, que supone la grande obra del universo, nuestra alma se siente oprimida, digámoslo así, bajo el peso de estos grandes atributos: un sentimiento de admiracion se apodera de ella: cae, si se quiere, en un arrobamiento profundo; pero este sentimiento no es el amor. Cuando Dios se hace sentir á los hombres en la presencia de ciertos objetos que parecen exclusivamente destinados á esparcir la consternacion por toda la tierra; cuando el hambre y la peste afligen á la especie humana; cuando los truenos y las tempestades anuncian el poder eterno; cuando la tierra toda se estremece y sepulta en sus abismos las ciudades opulentas; el hombre se agita, se conmueve profundamente, y paga de este modo un tributo debido á la justicia de Aquel en cuyas manos están la vida y la muerte: pero estos sentimientos no constituyen el amor. El amor es una cosa suave y expansiva aun en su misma intensidad, un sentimiento dulce aun en su mayor elevacion, un poder á par irresistible que delicioso, el cual nos impele de continuo hácia el objeto de estas afecciones. Es

pues necesario recordar que hai en Dios unos atributos propios para colocar el espíritu en este estado tan feliz, y estos atributos están comprendidos todos en la nocion perfecta de la bondad. Cuando el hombre recorre la historia secreta de. su felicidad; cuando reconoce y admira en sí mismo y en cuanto le rodea, en lo pasado y en lo presente, aquella maravillosa economía con que Dios ha dispuesto todas las cosas para su bien; cuando se convence de que no puede dar un solo paso en la vida sin ofrecer á Dios un especial tributo de reconocimiento; cuando se siente dulcemente estrechado á subir á los cielos, para descubrir la fuente del ser que posee, de la vida que disfruta, del pan que le sustenta, del vestido que le cubre, de la verdad que le ilustra, del poder que le sostiene, de la esperanza que le anima; cuando á la vista de Dios va perdiendo el interes de todos los objetos creados y sintiendo disminuirse hasta el terror de la muerte, porque la mira, y con razon, como la cuna de otra vida, y de una vida eternamente feliz; entónces, decimos, sentimientos de otro orden se apoderan dulcemente de él; un impulso misterioso le dirige constantemente al Autor de su ser: admira v desea su bondad intrínseca; retira de sí cuanto puede apartarle de este santo pensamiento; busca y encuentra donde quiera su objeto predilecto; ama, en fin, y este amor le hace progresar incesantemente en la vasta y sublime carrera de la felicidad. Dios es pues objeto de la caridad por su bondad absoluta y relativa, esto es, por lo que es en sí mismo y por lo que es para los otros: porque es el bien por esencia, y es al mismo tiempo nuestro bien; porque es eternamente feliz en la posesion de su bondad, y nos ha prometido asociarnos para siempre á esta felicidad comunicándonos el goce de su perfeccion infinita. Resulta de lo expuesto, que Dios es objeto de la caridad: primero, porque es bueno en sí mismo; segundo, porque es bueno para nosotros.

inocencia primirore, si pecodo originsi, y la redesllegando empero la explanación del heche corres-